

el querer difundir la obra de Franz Tamayo —que se ignora casi en todas partes— lo que Díez de Medina busca con su libro: lo que más quiere es ayudar a estructurar al hombre andino, al futuro mestizo, “síntesis de humanidad”, y dinamizar y redimir al Ande “por una siembra de amor” ajena a todo racismo exclusivista y paralizante. Para Díez de Medina —y para nosotros— “no hay, no puede haber renacimiento autóctono”, pues fenecido está ya el mundo de Moctezuma y de Atahualpa, y en América se funden ya los nórdicos y latinos y eslavos, con los iberos, los indios y los negros. Integrar, integrar: tal es la divisa que Díez de Medina ondea al viento como estandarte de legítimo americanismo: tal el ensueño que aletea en este libro que motivó el arte y la personalidad de Franz Tamayo, y que, convertido en el *Hechicero del Ande*, bien podría considerarse como el comienzo de una verdadera revelación americana.

*
* *

JUAN PABLO ECHAGÜE (Jean Paul), *Por donde corre el zonda*.—Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft, Ltda., 1940. 136 pp.

Impreso e ilustrado con mucho esmero y buen gusto, este libro contiene ocho cuentos interesantes y un bello elogio de San Juan, cuna de ese formidable argentino que se llamó Faustino Sarmiento.

Para Echagüe, San Juan es una ciudad que se ha modernizado bastante, sin perder su carácter tradicional y castizo. Tiene fuerte personalidad; la pueblan “mujeres de heroico temple” y hombres “de estirpe de lobo”, soberbios, tenaces, díscolos, que aman la gloria y “se disputan el poder a cuchilladas y balazos”, y es capital de una provincia que en más de una ocasión le ha señalado rumbos a la vida histórica de la Argentina.

Nacido en San Juan, Echagüe la admira y la recuerda con cariñosa lealtad, y creyendo en la influencia que el medio ambiente ejerce sobre el hombre, se complace en evocar no sólo la vida sanjuanina, sino el paisaje de esa provincia de clima duro y mudable, de pampas desoladas que flanquean fragosas montañas calcinadas por el sol y a menudo azotan las lluvias, y también el *zonda*, ese viento “cuyas fuliginosas tolvaneras pasan por el valle caldeando el ambiente, descuajando árboles y oscureciendo el cielo” . . . ¡Y como el zonda, los sanjuaninos!

Los cuentos que aquí ofrece el distinguido académico son evocaciones de experiencias infantiles, elevadas a categorías literarias. En uno de ellos se oyen ecos de la Teresa de la Parra de las deliciosas *Memorias de Mamá Blanca*; otro nos recuerda al Darío de *Azul* . . . , y alguno al Valle-Inclán de *Cofre de sándalo*. Mas no quiere esto decir que ellos carezcan de originalidad.

Los de *Por donde corre el zonda* son casi todos cuentos de horror, de misterio y de muerte, llenos de luces y sombras, alucinantes unos, en parte barrocos todos y en parte modernistas. Están escritos en una prosa limpia y trabajada con primor, compleja en su aparente sencillez. Es

una prosa artística, que brilla por sus imágenes bien escogidas y encanta por su ritmo, y que se complace más en la descripción de paisajes y situaciones que en la pintura de los personajes y la narración de los sucesos, sin negarse por eso a presentar la fina observación de estados psicológicos.

La excelencia del libro nos permite comprender por qué le mereció a *Jean Paul* un premio nacional de literatura.

*
* *

JUAN PABLO ECHAGÜE, *Monteagudo. Una vida meteórica*.—Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft, Ltda., 1942. 204 pp.

Bien editada e ilustrada con doce láminas —siete dibujadas en piedra litográfica e impresas directamente, y cinco reproducidas e impresas en *offset*— que representan, unas las efigies de Monteagudo, O'Higgins, San Martín, Torre Tagle y Bolívar, y otras algunas páginas de libros y escenas de ciudades sudamericanas del ochocientos, esta bella obra de Juan Pablo Echagüe nos relata la romántica carrera pública de Bernardo Monteagudo, cuya discutida personalidad "de americano sustantivo fué plasmada desde la infancia por un poderoso determinismo terrígena y racial".

Afirmándose en su noble patriotismo americanista, y en la opinión que de Monteagudo expresó Bolívar —consagrando su memoria— en una de sus cartas, Echagüe apeló a los recursos de su arte equilibrado y consciente para trazarnos la figura del prócer tucumano y reconstruir los dramas y aventuras en que se vió envuelto a veces debido a su inquieta y prodigiosa energía y a la pasión de América que orientó su genio libertario, arráncandole vivos destellos. Para "presentarlo vivo en el entender y en el obrar", adoptó los procedimientos modernos de la biografía novelada, por parecerle "la forma que mejor se presta a destacar la envergadura psicológica del héroe, su actividad multiforme, las extrañas asechanzas de su destino, y su gravitación sobre la voluntad de hombres encumbrados y la suerte de grandes países continentales".

La biografía comienza con las aventuras del padre del héroe, don Miguel de Monteagudo, quien, de Cuenca en Castilla, pasó a la Argentina y se estableció en Tucumán —donde casó con Catalina Cáceres, "criada de una familia de cierta categoría, que lo conquistó por linda, por mansa y por buena"— y termina con el asesinato de su hijo Bernardo, el doctor de Chuquisaca, que tanto se parecía a su madre por los ojos negros y luminosos, el cabello rizado, la boca sinuosa y los movimientos firmes y elásticos, ya que no por lo demás...

Desde los primeros años de su azarosa vida ejemplar, nos atrae y cautiva el revolucionario Monteagudo, tal y cual nos lo pinta la mano maestra de Echagüe: Nos conmueve verlo en su Tucumán natío, de niño ultrajado y perseguido por sus compañeros de escuela —que lo llamaban cholo, mestizo y mulato para apocarlo—, y acogido amistosamente por el indio Yanko, quien le comunicó su saber bárbaro y encendió en su